

estos días, que pronto saldremos de nuevo á correr aventuras.

— Trabajaba usted, señor, observó Ramón, y eso va á hacerle mal. Esa tensión constante de espíritu, ese afán de dar fin á todo desde el primer día, á la larga ó á la corta han de dañarle.

— ¡Dañarme! contestó impertérrito don Santos. El trabajo no daña ni puede dañar: lo he practicado desde que era niño, y aparte de haberme proporcionado ventajas positivas, me ha dado los ratos mejores que he tenido en mi vida... Ahora hay una razón para que active mi labor, y es que tengo que tomar resoluciones extremas antes de mucho... Y ya saben ustedes la frase del poeta: «Sólo quien se levanta antes de amanecer puede marcharse antes de que anochezca.» Hace mucho tiempo que vengo conociendo que mi cooperación no es necesaria para la conclusión de esta obra nuestra, y me alegro de ello. Pudo quizás algún día, cuando éramos pocos, y de esos pocos unos cuantos pensábamos, ser indispensable ó por lo menos útil á nuestros intereses la persona de Santos Degollado; ahora que la modesta semilla que aventamos al surco es árbol corpulento que nos abriga y nos presta sombra, ya puedo irme, ya puedo obscurecerme, ya puedo pedir que venga la muerte y que me entierren hondo, muy hondo, tan hondo que no sienta lo que pase encima de mí... Ustedes lo ven; hubo ya quien se cansara de oír

que me llamaban justo; pero faltaría á la primera ley de las democracias si quisiera estar siempre á la cabeza de gentes que valen más que yo; los pueblos son como las tribus australianas: matan al que llega á viejo en vez de aguardar á que se muera; yo me siento ya viejo, pues en estas bregas se envejece muy pronto.

— Señor, le interrumpí, usted ve hoy todo negro... quizá mañana...

— No sea usted niño, me respondió. O nada sabe, ó trata de consolarme con lenitivos indignos de usted y de mí. Lo veo, lo siento, lo palpo; me lo dicen las burlas de mis enemigos, la compasión de mis amigos, el desdén de mis émulos; mi tiempo pasó, pasó mi época y no volverán días mejores: ¡ojalá pueda lisonjearme de haber interpretado debidamente el sentir de mi generación, los años en que fuí su vocero! ¡ojalá que haya hecho por ella algo que la haya favorecido un poco!

— Señor...

— Podría proporcionar á ustedes mil pruebas que les demostraran cuán cierto es lo que digo; pero no más les enseñaré este recorte del *Boletín del Ejército Federal*.

¿Hay cosa más rara que se insulte al jefe del ejército federal en el periódico órgano de ese ejército? Pues sin embargo, así es; censurándose la libertad que dí al obispo Espinosa, viene aquí un artículo escrito de mano y pluma de Ignacio Vallarta... No hay injuria que no se me diga,



ni dicterio con que no se me zahiera, ni suposición deshonrosa con que no se me manche... Soy un fariseo atormentador de la letra de la ley, violador de mis propias determinaciones; substraigo de la jurisdicción legal á los enemigos públicos, y nada más estoy aguardando la entrada de las tropas liberales en México para solicitar una aduana marítima ó alguna otra cosa de provecho... ¿Verdad que el retrato es de mano maestra y que se parece maravillosamente al original?... Ahora se entienden las cosas de la revolución de manera distinta de como yo las comprendo. ¡Cómo ha de ser! Quizá tengan razón y sea yo quien esté equivocado... Ya me tachan de retrógrado, de enemigo de la libertad, de *purete* los mismos que antes me consideraban su jefe indiscutido: hay que darles gusto dejando mi lugar á quien más pueda y valga... Se me ha llamado el *héroe de las derrotas*: nunca fuí al combate con la seguridad de vencer, sino con el fin de luchar y cumplir con mi obligación de patriota y de soldado... Pero como lenitivo de todos mis fracasos, como prenda de que mi labor no quedó perdida, dejo á todos nuestros nuevos generales, que son los *héroes de los triunfos*: son mis hijos, y aunque lo pretendan, no sabrán desligar su gloria de mi pobre nombre... Seré el tronco inútil y que se manda derribar, pero que deja retoños lozanos y florecientes...

Acabo ahora de redactar un manifiesto á la nación con

motivo de la captura de la conducta en Laguna Seca: voy á leerles unos párrafos por si acaso creen que valgan la pena.

Y leyó aquel escrito elocuentísimo, enérgico, en que palpitan trozos de entrañas humanas arrancados á la fuerza y ofrecidos todavía sangrando á la voracidad de ese Huichilobos sanguinario é impasible que se llama la popularidad.

«Había reservado para mí y para los míos, dice, un nombre puro que legar á mi familia; pero un día la necesidad, en nombre de mi causa, llamó á mis puertas para pedirme ese nombre y entregarlo á la maledicencia, y yo consentí en entregarme como reo y sufrir ese suplicio peor que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria...»

Al fin entramos al cuarto de Miravete. Luego que nos desceñimos las espadas, mi amigo cogió la palmatoria de cobre con la vela de sebo, y me dijo:

—¿Sabes tú lo que es un millón de pesos? ¿Lo has visto en tu vida?

Y como le contestara que no me figuraba lo que fuera, me llevó á una pieza inmediata, y me mostró una *trincha* de sacos de arpillera alineada en el muro. Al principio las talegas de duros me hicieron el efecto de talegas de arena; pero á poco, á medida que la flama del mísero y apestoso velón pasaba cerca de

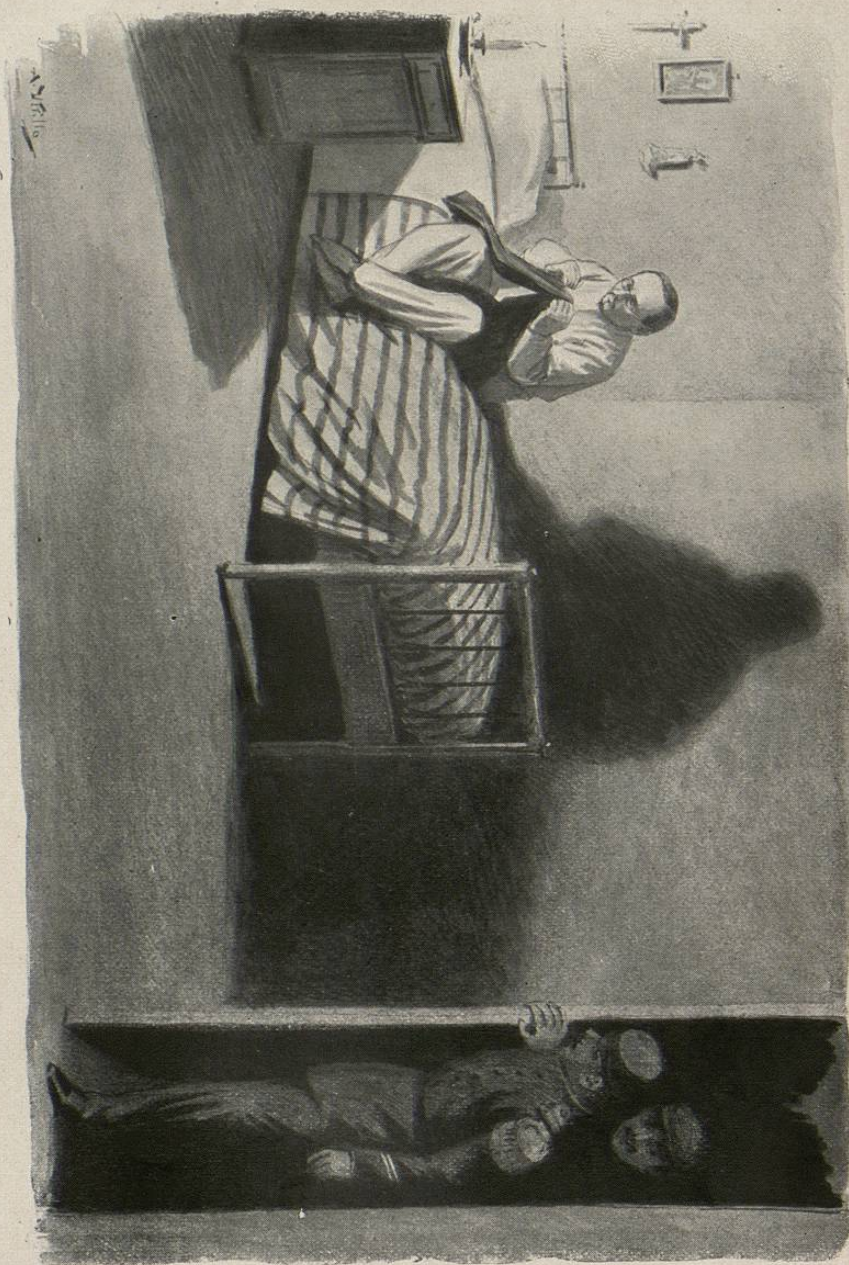


ellas, veía á través de las toscas mallas muchos ojuelos brillantes que me miraban como curiosos... Aquellas miradas, ora claras, ora amarillentas, según que procedieran de la plata ó del oro, me parecían las de las monjas que había visto en el convento de Santa Mónica, á través de la reja del coro: llenas de promesas, pletóricas de esperanzas, hablando á todos los sentidos y á todas las potencias; pero ¡ay! tan inasequibles unas como otras.

Descansamos al lado de aquella caverna de Alí Babá, y al día siguiente despertamos á buena hora.

— ¿Se habrá dormido el jefe? me dijo Miravete cuando, después de aguzar el oído, se convenció de que don Santos no dictaba al sempiterno escribiente. ¡Bah! estará haciendo oración mental como acostumbra, y por eso no se mueve ni deja entrar á nadie.

Espió un rato por la puerta entreabierta y luego me hizo seña de que acudiera á mirar algo que le parecía muy interesante. El General estaba en la cama; á su lado se hallaba una bolsa que contenía hilo, agujas, dedal, botones, tijeras y mil útiles de costura, amén de esparadrapo, tafetán inglés, ungüento, árnica y otras muchas cosas de aplicación varia. Don Santos, sin los anteojos oscuros, y calados otros que á la cuenta permitían distinguir mejor los objetos, zurró sus pantalones, sus eternos pantalones negros, que lo mismo le servían



Espió un rato por la puerta entreabierta, y luego...



para las recepciones como para los caminos y las batallas.

Miravete, con los ojos llenos de lágrimas, se retiró de la puerta, y balbuciente me dijo:

— ¡Qué hombre, amigo Pérez, qué hombre! mientras custodia cientos de miles de pesos, remienda su ropa para no ser gravoso á nadie... Si no es esto virtud y heroicidad, no sé á qué se llamará así.

